

Los tiempos de la ciudad

(notas del diario de trabajo:
del 6 de noviembre al 13
de diciembre de 1996)

María Ángeles Durán

6 de noviembre

Opciones

El próximo 13 de diciembre tendré un seminario en el Instituto de Filosofía del CSIC y los asistentes serán, en su mayoría, filósofos. Provisionalmente lo hemos titulado «Los tiempos de la ciudad», porque de la ciudad trata el libro en que estoy trabajando. Aunque me lo dijeron hace un mes, hasta que no he terminado un compromiso anterior no he podido ponerme a prepararlo. Se me ocurren tres modos posibles de centrarlo:

a) En los problemas metodológicos y los resultados de las grandes encuestas sobre el uso del tiempo disponibles en España, (INE, CIS, CIRES, CSIC, EUSTAT, EUROSTAT, etc.) especialmente las que conozco mejor porque he participado directamente en el diseño.

b) En la comprensión más que en la descripción, viendo las posibilidades de la literatura introspectiva, especialmente a través de la obra de algunos grandes escritores como Proust y Pessoa.

c) En las propuestas de acción, del tipo de la fallida campaña de las mujeres de Módena para «Cambiar la ciudad, cambiar los tiempos»: o en los debates que ha habido en España en torno a la ley de horarios.

Le daré vueltas en los próximos días, pero no me queda mucho margen para decidirme.

9 de noviembre

La elección del sujeto y el objeto

La solución al modo de acercamiento es fácil, porque los tres valen. Para mí sería un poco más complicado el recurso a la literatura que a la observación directa extensiva o los programas políticos, porque no es materia que haya trabajado mucho profesionalmente. Pero me gusta, y podría ser. Lo difícil no es eso, sino la elección del objeto. ¿Qué quiere decir, exactamente, «Los tiempos de la ciudad»?

No hay tiempo sin sujeto que lo viva, y el sujeto de la ciudad es dudoso. Como cualquier

macrosujeto, la ciudad se constituye por múltiples sujetos, que a veces refunden su identidad en una sola. Pero sólo a veces. Por eso resulta excesiva la pretensión del «ser» de las ciudades: los que la componen sólo son fragmentos, y la unidad o acceso a la condición de «todo» se la concede al observador externo, el que la mira desde fuera de su territorio o de su tiempo. Los sujetos individuales, internos, que forman parte de ella, suelen tener clara su mera calidad de piezas, y no es frecuente que asuman, ni siquiera cuando encabezan corporaciones, una identificación tan desproporcionada que les lleve a admitir que «la cité, c'est moi».

El tamaño de la ciudad, más que por su espacio, se cifra por el número de personas que la habitan. Cada habitante es un sujeto individual *de y en* la ciudad, y todas las preposiciones del lenguaje no bastan para describir los posibles modos de relación entre los unos y la otra. Además, no a todos sus habitantes se les otorga, ni lo fue en el pasado o lo será en el futuro, la misma condición de sujetos, ni tienen las mismas posibilidades de acceso al tiempo urbano y su decurso.

Sobre el espacio de la ciudad co-discurren los tiempos individuales, limitados a la modesta expresión de una esperanza de vida, y los tiempos intermedios, colectivos, de las empresas e instituciones.

Mientras no hay sujeto, no hay tiempo, ni Historia. A las ciudades se las ontologiza atribuyéndoles una voluntad, una capacidad de acción; pero siempre es un problema de solución difícil la constatación de la voluntad de los macro-sujetos. ¿Quién la forma y representa? ¿Bajo qué mecanismos, en qué situación? ¿Quién controla y ejecuta, y por qué medios, sus decisiones? ¿Qué tiempos individuales, qué generaciones asumen los proyectos y compromisos de la ciudad iniciados por generaciones anteriores?

El calendario y las fechas de la ciudad son distintos de los de quienes en ella viven.

Todavía son jóvenes las ciudades cuando fallecen sus fundadores, y las deudas contraídas por los abuelos munícipes las pagan generaciones posteriores, que también disfrutan las obras de largo alcance, proyectadas en el plazo corto y desarrolladas más lentamente.

10 de noviembre

Análisis contra relato

Repaso los números de la R.E.I.S. que tengo a mano en el despacho: son el 61, 63, 64, 68 y 70, y van desde enero de 1993 hasta junio de 1995. El muestreo no es aleatorio, y buscaré los restantes para cubrir el período completo. Aunque tampoco el período completo, si le añado los números 62, 65, 67, y sería representativo de otra cosa que de sí mismo. ¿Cómo hablar de la representatividad de la producción científica, si no hay universos temporales delimitados claramente? En cualquier caso, nadie puede dudar que es una revista muy divulgada, donde colaboran casi todos los sociólogos que publican en España.

Lo que quiero ver con esta cala es el tipo de estructura temporal que tiene la producción sociológica en España. En total tengo delante cincuenta y seis artículos, de los cuales seis corresponden a «Textos clásicos» y otros tantos a su presentación. Además de los clásicos, voy, pues, a hacer un recorrido por cuarenta y cuatro artículos recientes. El título a veces no dice nada y en otras ocasiones es engañoso, así que hay que verlos uno a uno. En una primera aproximación, bastante rápida, puedo concluir lo siguiente: hay veintidós artículos que no se refieren al tiempo para nada (el 47%), veinte que lo toman en consideración (cambio social, historia o evolución de un tema o concepto, series demográficas o electorales, etc.) y dos dedicados expresamente al tiempo como categoría de análisis (Ramos, R. «Problemas textuales y metodológicos de la sociología histórica», en el n.º 63, y Luque E. «Contra-tiempos antropológicos», en el n.º 66).

12 de noviembre

La estructura temporal en la producción sociológica reciente

He mirado los tres números de la R.E.I.S. que me faltaban para completar el período 93-95. Sólo hay un artículo sobre la ciudad, pero en este tema la R.E.I.S. es poco representativa: los sociólogos urbanos tienen muchas posibilidades de expresión en otros medios y en las revistas de urbanismo, estudios locales y arquitectura.

Además de los textos clásicos y su presentación (6 en total) hay veinticinco artículos o notas, de los cuales dieciocho no se refieren apenas al tiempo, seis sí, y uno se dedica al tiempo como categoría de análisis (Uribe, J.M. «Tiempo y espacio en atención primaria de salud» n.º 67, jul-sept., 1994, págs. 133-164). Algunos artículos son difíciles de clasificar porque hacen referencias sueltas al tiempo o la historia, y tengo que decidir en qué lado caen.

De los textos clásicos, podría suponerse que se refieren al tiempo, en el sentido que son homenajes o recuerdos de la historia; pero en realidad son presentizaciones del pasado, y muchos de los estudios introductorios no presentan tampoco una perspectiva temporal.

Si se suman estos datos a los de los números que vi el otro día, el resultado es: 18 artículos dedicados a textos clásicos y su presentación; 40 artículos que no se refieren al tiempo; 26 que lo toman en consideración en alguna de sus muchas posibles formas (evolución de fenómenos, historia de la sociología, historia de conceptos, relaciones entre sociología e historia, etc.) y tres artículos en los que el tiempo es la categoría central del análisis. Expresado en porcentajes, aparte los clásicos, equivale, respectivamente, al 58% (no se refieren al tiempo), 38% (sí se refieren al tiempo), 4% (sobre el tiempo).

Si se incluyen los textos clásicos y sus presentaciones, la distribución de las publicaciones de este período en la R.E.I.S. es la siguiente:

Historia de la sociología (clásicos):	21%
Sociología a-temporal:	46%
Sociología temporal:	30%
El tiempo como categoría de análisis:	3%

En los monográficos sobre Mannheim (n.º 62) y Norbert Elías (n.º 65) aparecen muchos de los problemas que ya apuntaba en el diario el día nueve. A propósito de Norbert Elías, Ramón Ramos dice que «... surge así una historia teóricamente anémica de la mano de una sociología empíricamente inespecífica e indiferente a la dinámica social. Acabar con esa situación supone abogar por una mutua aproximación de las dos disciplinas ... » (en «Del aprendiz de brujo a la escalada reflexiva: el problema de la historia en la sociología de Norbert Elías», R.E.I.S., n.º 65, 1994. págs. 27-54; pág. 29). También a propósito de N. Elías,

Fermín Bouza habla de sus «preocupaciones básicas, que pueden convertirse en obsesiones cuando son objeto central de su texto: el evolucionismo como forma natural de la sociología (una «sociología de los procesos») y el dilema metodológico individualismo/holismo... que atañe a los cambios en el equilibrio entre el yo y el nosotros... Para Elías, hay ahí en esos temas diversos agujeros negros por los que la sociología contemporánea pierde buena parte de sus energías analíticas; de un lado, el estructuralismo acrónico de raíz durkhemiana y, de otro, la diada que forman el holismo sin sujeto (sin individuo) y el individualismo sin sociedad o sin grupo. Son cuestiones recurrentes en el debate metodológico y resumen buena parte de los temas que los científicos sociales se han planteado en los niveles más abstractos de su tarea» (en «Debatiendo con Norbert Elías. Entre el yo y el nosotros», n.º 65, 1994. págs. 79-90; pág. 79).

Con todo, y a pesar de que el texto no lo pretende, la reflexión que más me ha llamado la atención de este breve repaso de la producción reciente de los colegas es una nota de una sola página de Jesús de Miguel, «In memoriam» de Pinilla de las Heras.

En resumen: me doy cuenta de que si pretendo hablar del tiempo (o los tiempos) de la ciudad, convocaré muchos demonios simultáneamente: el holismo de los macrosujetos, el tiempo como evolución o historia, y todos los problemas concretos de la medición empírica. Tal vez demasiados.

13 de noviembre

La voluntad de transformación

A la sociología actual le falta algo esencial, y es la proximidad a la vida. El problema no es sólo, ni siquiera principalmente, la tensión entre los acronismos/historicismos y los individualismos/holismos. O al menos, no lo es para un sector importante de los profesionales y estudiantes, que echan de menos otras dimensiones de la actividad profesional. Me refiero, claro está, a la dimensión ética y a la voluntad de acción o transformación. ¿Tan muerta y enterrada quedó la sociología comprometida? ¿Tan arrasadora fue la quiebra de las grandes palabras?

14 de noviembre**Tiempo y vida cotidiana**

El compromiso no es sólo con las grandes palabras (Nación, Clase, Libertad, etc.). Hay otro tipo de compromiso con la vida cotidiana, con las cosas pequeñas, con los sujetos anónimos, al que la sociología actual da poco valor. Y creo que se debe sobre todo a un problema larvado, poco explícito, de relaciones de poder. De un lado, y hasta ahora, la mayoría de los sociólogos han sido varones, y se instalan con más facilidad en lo trascendente que en lo cotidiano, en lo público que en lo privado. Además, son las grandes instituciones quienes pagan salarios y proyectos, quienes conceden bolsas de viaje e invitan a reuniones y conferencias. ¿Quién daría de comer a quienes prefiriesen estudiar lo que a las instituciones no les importa, ese ámbito privilegiado e íntimo del vivir que es el entorno particular de los sujetos?

No creo que esta especialización exclusiva de la sociología en lo público sea conveniente, ni irremediable. Tampoco hay porqué cederlo como campo de investigación a la psicología, o al periodismo. ¿Quién puede cambiar este derrotero? ¿Quién acercará la disciplina al vivir de cada día? ¿Será uno de los efectos beneficiosos de la entrada masiva de mujeres en las Facultades? Por ahora no se percibe un gran cambio, pero es que la inercia, la colonización intelectual, es muy fuerte.

Quienes han adoptado como propio, desde siempre, el ámbito del sujeto y han reparado finamente en la vida cotidiana, son los literatos, los escritores. La frontera entre sociología y literatura puede ser muy tenue, y es lástima que en España haya habido tan poca producción fronteriza en los últimos años, o que se dedique tan poca atención a estudiar los posibles puentes.

15 de noviembre**Ética y estética del tiempo**

La puntualidad es una virtud cívica, a medio camino entre ética y estética. Los ingleses han dado nombre a muchas cosas relativas al tiempo: puntualidad inglesa, jornada inglesa, tiem-

po inglés. Claro que *weather* y *time* no es lo mismo para ellos y cuando nosotros decimos que hace un tiempo inglés nos referimos a un *rainy weather*. ¿Sería la anticipación de la sociedad industrial lo que hizo generalizarse la puntualidad en Inglaterra antes que en otros países? Ellos usan el término «levantine» para describir lo contrario, la fluidez de los momentos, las citas o los plazos. Pero la preocupación por el despilfarro del tiempo, por la pérdida de oportunidades, es muy anterior a la ética protestante, aunque tal vez los calvinistas la elevasen a una condición de rigor moral antes desconocida. En España, ese tesoro de reglas de conducta que es «La perfecta casada» de Fray Luis de León (siglo XVI), que sigue de cerca el «Libro de los Proverbios», estipula muy claramente las obligaciones de la mujer modélica en el uso del tiempo: levantarse antes del alba, acostarse la última y no concederse tiempo para la distracción ni para la visita o la charla. Ni siquiera para las prácticas religiosas dilatadas deja hueco, o para reposar en la cama «si le doliese algo el estómago».

16 de noviembre**Las biografías**

La biografía es un tipo de investigación poco utilizado en sociología, tal vez aún menos en España que en otros países. Sólo se utiliza, y poco, y parcialmente, en las historias de vida y en las entrevistas en profundidad que usan los cualitativistas. Pero se pierde una riqueza considerable renunciando a ellas, o dejándolo solamente al alcance de historiadores, psicoanalistas y algunos novelistas o divulgadores.

¿Cómo puede hacerse análisis sociológico del tiempo sin constatar que a la historia de los macrosujetos le corresponde, en paralelo, la biografía de los sujetos individuales?

17 de noviembre**Problemas de datación, nacimiento y origen**

Con los seres humanos, la datación es relativamente fácil, o al menos lo ha sido hasta

ahora. Hay dos momentos clave, materializables, de la inserción en el tiempo: el nacimiento y la muerte. Las trabadas fechas fatales, que Borges ha descrito tan bellamente en su poema «La Recoleta». Pero esta concisión del tiempo va a desaparecer probablemente en las próximas décadas. Cuando se expandan los ya logrados avances en genética, en trasplantes, en crioconservación y otras tecnologías, se romperá el sentido de unicidad y continuidad del tiempo humano, fragmentándolo, adjuntándolo o dejándolo en suspenso.

Con las ciudades y los macrosujetos, las dificultades de datación y calendario son mucho mayores, no sólo por la ausencia de información sino, sobre todo, por la imprecisión de las identidades y sus tiempos correspondientes. Cuando la identidad de la ciudad se transforma —por ejemplo, por crecimiento o disminución— y la analogía orgánica se debilita, no hay acuerdo en la definición y datación de los tiempos.

En cuanto al origen, la mayoría de los macrosujetos tiene un comienzo incierto, en un magma de alianzas y conflictos entre sujetos individuales que se resuelve con la elevación del pacto o la victoria a un proyecto y un signo común. Hay un lapso de tiempo intermedio entre el comienzo incierto y el comienzo explícito, este último mejor datado.

Las ciudades de creación, también llamadas de generación, son de datación fácil, pero engañosa. El punto de partida o punto cero es, en estos casos, un principio; pero el principio aparente es con frecuencia solamente el final de otra existencia previa, el momento culminante de una derrota. Sucedió así, por ejemplo, en la ciudad de Alejandría, fundada por Alejandro Magno en el 322 A.C. Hubo allí escribas que levantaron acta de la fundación, mientras los soldados del rey victorioso enfundaban sus armas. Sin embargo, el nacimiento o renacimiento de las ciudades tiene muchas maneras posibles de contarse, y antes de Alejandría estuvo allí Rakotis, la ciudad egipcia. Los muros de la ciudad nueva se construyeron, en parte, con restos de la antigua. ¿Cuál es, pues, su tiempo y sus edades?

En otras ciudades como Madrid, hechas de sedimentos, la datación es no sólo difícil sino ambigua, porque ni siquiera tienen identidad, un nombre claro en sus comienzos. No hay restos del primer proyecto, ni de la primera

memoria; sólo se recuerdan desde atrás, cuando el arco del tiempo se ha extendido ya hasta alguno de los muchos finales intermedios o al arranque de nuevos principios. Tres expertos como Manuel Gómez Moreno, Ramón Menéndez Pidal y Manuel de Teran, identifican respectivamente el nombre de Madrid con «majada», «vadoluengo» y «fuente subterránea» otorgándole una primera memoria en lengua púnica o latina, celta y árabe. La memoria de lo humano es limitada, y vacilante. ¿Quién la guarda? ¿Quién la protege? El oficio de cronista y el de contador de cuentos van parejos, aunque entre ellos se distancien y detesten. La mayoría de las ciudades nacidas poco a poco, huérfanas de un pasado reconocido e hijas adoptivas de sus hijos, se inventan unos orígenes o ancestros. ¿Cómo, si no, podrían aspirar a identidad, sin fechas y sin nombres?

Algunas ciudades y pueblos han tenido la pretensión de que el comienzo de su calendario fuese el comienzo del conjunto universal del tiempo. Hoy compiten entre sí varios sistemas de fechas, y los arqueólogos e historiadores tienen que aprender a reconvertirlas igual que traducen el lenguaje de los poetas o las leyes. Antes de Cristo y después de Cristo. O de Mahoma. En España, aún no se ha enterrado la memoria de muchos españoles que vivieron la guerra civil de 1936-39 y la inmediata postguerra, cuando el calendario oficial tomó un nuevo origen, subtitulándose correlativamente a partir del «Primer Año de la Victoria». Como en el péndulo, en el palimpsesto de la ciudad las fechas se escriben y se destruyen constantemente. Por eso son siempre indécimas, referenciales, vinculadas a puntos de anclaje que sólo les conceden un frágil y temporal asidero mientras permanece viva la fe de los fieles o seguidores; los que mantienen intocado el principio de su memoria.

18 de noviembre

Intimidad y política: los acontecimientos organizadores de la memoria

Los historiadores —o la mayoría de los historiadores, porque afortunadamente empieza a haber nuevas visiones de la historia— tienen en mente los sujetos supraindividuales o macrosujetos: las ciudades, las naciones, los organis-

mos sociales. Por eso creen que la inserción en el tiempo nos la proporcionan los grandes acontecimientos externos, como las guerras y las transiciones: se equivocan. Los planos del tiempo individual y del tiempo colectivo transcurren habitualmente en paralelo, y sólo en algunas ocasiones especialmente convulsivas o felices se entrecruzan e imbrican los unos y los otros. Hay a veces grandes individuos que concentran en torno a sí el tiempo de sus coetáneos y son capaces de vivirlo en dos escalas, la personal y otra de más amplitud o largo alcance a la que llaman visión de futuro. Sólo esos sujetos muy especiales consiguen llevar a los otros hasta la descolocación del tiempo y consiguen que lo asuman, especialmente en sus costes, como propio. Pero son muy escasos. Aunque los ejercicios de ambiente sitúen las biografías personales en la incrustación del tiempo colectivo, y aunque haya personalidades tan refulgentes que sirvan para nombrar una época («El siglo de Pericles», «En tiempo de Herodes» ...), la mayoría de los sujetos individuales tiene criterios propios de cronificación de su vida. En la primera encuesta CIRES sobre el tiempo (1991) se preguntó a los entrevistados cuáles eran los acontecimientos que marcaban umbrales para ellos, y muy pocos se refirieron a la guerra civil, la transición, la dictadura o la fusión europea. La mayoría mencionaba sucesos íntimos, menores desde el punto de vista del cronista de los macrosujetos, pero centrales en la perspectiva de quien se contempla a sí mismo: casarse, tener hijos, enfermar o la muerte de un familiar próximo fueron los más citados, mucho más que el acceso o salida del trabajo o la relación con otras instituciones. Y es que nuestro tiempo esencial no es el de la Historia, sino el del cuerpo. La inserción en el aquí y ahora, igual que en el devenir, nos la regalan los padres y los abuelos: es el tiempo elemental de las arrugas y las cicatrices. El del crecimiento, la madurez, el descenso y la desaparición. Nos inserta inevitablemente en el tiempo la oxidación de los tejidos, la condición mineral del soporte de huesos que nos forman. Sus ritmos de consumo y descomposición son el reloj estricto que cronometra el tiempo vivido.

Las relaciones de tiempo son el paralelo de las relaciones familiares. Las de filialidad (la madre, el padre) son el pasado. Las de fraternidad (hermanos, cónyuge) son el presente. Y

la de maternidad (paternidad en ellos) son los hijos y el futuro. La continuidad debe menos a la Polis y a la Historia que al trabajo callado de los cuerpos que brotaron en nuevos cuerpos, abriendo camino a la sucesión de las generaciones.

22 de noviembre

La memoria privilegiada de la ciudad

Dice Hanna Arendt que la ciudad es una memoria organizada. La organización de la memoria es un continuado ejercicio de cuidado y destrucción, en el que distintos grupos compiten con desigual fuerza y suerte por ocupar un hueco y desalojar a otros. La memoria urbana convierte el espacio euclidiano en lugares, en espacios con sentido. Por todas partes fluye en la ciudad la memoria del tiempo pasado: en las variaciones del lenguaje, en las leyes menores, en las toponimias, en los ritos de las organizaciones, en el diseño y trazado, en las formas constructivas. Pero es en la toponimia y en la estatuaría urbana donde se aprecian más rápidamente, con mayor sensibilidad, las relaciones de privilegio o destrucción respecto al tiempo pasado y su recuerdo.

El análisis comparado de los mapas de Madrid, como cualquier otra ciudad, es un ejercicio de historia, de lucha por la apropiación de la memoria colectiva. Pocos topos o lugares consiguen mantener su identidad, su nombre, al cabo de los años, y los mismos espacios son dedicados, bautizados, reinaugurados, cuando consolidan el tránsito a un nuevo valor o un nuevo proyecto. Todavía hoy, tras múltiples transformaciones, queda en la toponimia la huella de los sujetos y los acontecimientos que cada época privilegió. Y son patentes, aunque menos visibles, las ausencias deliberadas o inconscientes. La zona más antigua de las ciudades españolas, es un recuerdo privilegiado del santoral y los oficios artesanos. Sin embargo, las arterias principales de Madrid, como Gran Vía o La Castellana, actúan como epitafios simbólicos de quienes temporalmente les dieron su nombre (Jose Antonio, el Generalísimo). Algunas zonas de ensanche, construidas en los años cincuenta y sesenta, reflejan bien el poder del ejército en su época, y mantienen intactas las denominaciones, ple-

nas de apellidos militares. En otras, especialmente en urbanizaciones de iniciativa privada, se percibe el deseo de mantenerse al margen o por encima del tiempo, resaltando como islas de toponimias florales o geográficas (Cinca, Nalón, Nervión, Pisuegra,...). Los cambios políticos de los años ochenta trajeron su inevitable reflejo en el destejor de nombres, y en el rescate de algunas memorias relegadas (Rosa Luxemburgo, Pablo Iglesias, etc.). La memoria, como han señalado recientemente C. Thiebaut y C. González Marín, es siempre retórica, partidaria. Es un recuerdo selectivo, hecho para convencerse a sí mismo y a los otros.

La estatuaria y el placario son componentes esenciales del paisaje urbano, presentes en todas las ciudades españolas y europeas. Aunque, probablemente, ningún pueblo ha superado el afán por conservar la memoria que caracterizó a los antiguos egipcios, y ninguna historia de destrucción y sustitución es tan dramática como la de la faraona Hatshepsut (reinado 1503-1452 A.C.), cuyo nombre y efigie, repetido en infinidad de lugares, fue implacablemente borrado por su esposo al sucederla en el trono, en un gesto de venganza largo tiempo larvado, latente y escondido. Con menos saña y sin violencia, el colectivo de las mujeres padece también una erosión similar de la memoria formalizada (toponimia, estatuaria, ritos) en las ciudades españolas, donde las dedicaciones de calles y plazas a nombres femeninos apenas alcanzan la décima parte de las dedicadas a varones. La destrucción deliberada o inconsciente de la memoria del Otro es la negación de su existencia, un modo eficiente e incruento de negarle o debilitar sus condiciones de existencia en el presente.

24 de noviembre

Iconografías generizadas del tiempo: «La creación de Adán» y «La Pietá»

Además de las iconografías directas del tiempo a través de sus personificaciones míticas, como Cronos, hay una representación indirecta del tiempo o de la relación con el tiempo en casi todas las obras de arte. Y no sólo en la música, el cine de acción o la literatura, sino en productos menos evidentes como

la escultura o la pintura. En las ciudades de fuerte impronta religiosa, como Roma, la peculiar relación con el tiempo se percibe en los sobrenombres («la cita eterna») y en múltiples manifestaciones accesibles desde el viario o los edificios públicos. En la pintura renacentista, por ejemplo, el tema de la Creación es recurrente, siendo «La Creación de Adán» en la Capilla Sixtina, de Miguel Ángel, la referencia más conocida.

La Creación es el origen, la datación primera o principio del tiempo, y la cultura cristiana recoge una teoría de fases (los siete días) que culminan en la creación del varón u hombre primero. Frente a la experiencia cotidiana, que percibe con nitidez la sucesión entre la madre, la hija y la nieta, la cultura «cultiva» cristiana ha sintetizado el principio judaico patriarcal del Dios Padre con las ideas de Aristóteles sobre la reproducción de los animales, otorgando a las mujeres solamente el papel de tierra o receptáculo nutricional.

El resultado es una iconografía religiosa sincrética, en la que predominan como elementos de datación las generaciones masculinas (el Cordero, el Hijo del Padre), pero se equilibran de hecho plásticamente con una presencia muy extendida de las madonnas con niño, herederas de una tradición mediterránea de varios milenios en la que Isis (madre virgen también) se adelantó a la construcción social de María.

La diferente relación de varones y mujeres con el tiempo en la cultura cristiana, se ilustra muy bien en la escultura de Miguel Ángel «La Pietá». La Pietá es una maternidad, pero no de principio, sino de final de vida. Cuando la virgen recibe el cuerpo muerto de su hijo, cumple el mismo gesto, el mismo rito que llevaría a Antígona a la muerte por atreverse a recibir el cuerpo muerto de su hermano. Son dos símbolos parecidos del papel que las mujeres cumplen en el tiempo vivido, en las fronteras de la entrada al tiempo y la despedida.

Miguel Ángel se atrevió a humanizar radicalmente, con detalle y perfección de anatomista, el cuerpo del Hijo del Padre («que siendo eterno encarnó y habitó un tiempo entre los hombres»). Al esculpir sus rasgos físicos lo situó con rigurosa exactitud en su probable cronología, en el borde entre juventud y madurez que marcaban sus treinta y tres años. El tratamiento de la figura de María refleja un programa epistémico distinto: recogéndole sobre

sus rodillas y sosteniéndole a medias entre los brazos, María, la Madre, no tiene edad. Apenas púber, detenida en el tiempo, ajena al gozo y al decaimiento que deja tras de sí la vida. Carece de las arrugas y el gesto que habría de marcarle una naturaleza envejecida, añadida su edad a la del hijo que motivó ya desde su vientre el saludo bienaventurado del ángel. Jesús, aunque Dios, asume como varón la plena cabida en el tiempo de los hombres. A María, como construcción social del principio femenino, Miguel Ángel le otorga un lugar intemporal, condenada simultáneamente a ser Madre y Virgen y a excluirse del tiempo propio y del tiempo humano. Su condena a la eterna juventud es la misma condena a la belleza que ata a las mujeres de hoy, a las mujeres integradas en tiempos reales. A cambio de la gloria en la obligada apariencia, han de perder el ser y el devenir, la aceptación del tiempo.

30 de noviembre

Mi cumpleaños

Quieras o no, los días de cumpleaños se vuelve la vista atrás y se hace reflexión (aunque no se la llame con nombre tan serio) sobre el paso del tiempo y sus recurrencias. Los aniversarios son conmemoraciones, contribuciones al mantenimiento de la memoria. Hoy, los ciclos se me hacen evidentes, los ciclos personales, y no puedo escribir de otra cosa. Son muchos tipos de ciclos y muchos períodos: los años que tenemos (la duración ya conseguida, asegurada, de nuestro incierto ciclo de vida), la esperanza media de vida al nacer (general y particular, y las variaciones según épocas y lugares) y cada fecha de cumpleaños, para recontar lo que somos y constatar la presencia. En los pueblos muy pobres no saben la fecha en que nacieron, ni lo celebran. He oído decir que a veces las niñas gitanas tampoco, que sus padres no las inscriben en el Registro.

Hay ciclos diarios, semanales, de año, de vidas. Los ciclos del mes, con las tarjetas de crédito, la domiciliación de pagos en las cuentas bancarias, y la generalización de la vivienda en propiedad, han perdido mucho de la solidez que antes tuvieron. Siguen siendo válidos, en cuanto elementos organizadores del tiempo, por la regularidad de los ingresos (incluso más

que antes, por la extensión del sistema de pensiones. Esto lo vio muy bien hace años José Pío Navarro en su estudio sobre la Alpujarra), pero se ha desdibujado considerablemente desde el lado del consumo (aunque ahora utilice el nombre «Fin de mes» una conocida marca de productos de limpieza).

Otros ciclos importantes son el día y la noche, y las temporadas del año. El calendario laboral tiene una época larga relativamente homogénea, y un período diferente en vacaciones. Sin embargo, los ciclos largos laborales tienden ahora a romperse, y también las vacaciones se fragmentan. La analogía estacional de las cosechas no se traslada bien a la moderna organización de los servicios; antes, hasta los años sesenta, la cosecha de cereales y uva marcaba en España el fin del año agrícola, y septiembre era época de bodas, romerías y emigraciones. Ahora, la coincidencia de la vacación genera desajustes, derroche de ocupación y de recursos; la estacionalidad del turismo es un serio problema estructural y comienza a incentivarse el desplazamiento desde el verano hacia otras fechas.

El calendario familiar también tiene épocas diferenciadas, y en Navidad alcanza la intensidad máxima, concentrada en dos o tres semanas. Eso está cambiando, y ya las agencias de viajes consideran el fin de diciembre y principio de enero temporada alta, y vale el doble y no hay billetes. Aún hay más calendarios externos, institucionales, que privilegian u ordenan el tiempo: entre otros, el año fiscal con las declaraciones y pagos a Hacienda, y las periódicas revisiones médicas. Para los estudiantes y profesores, o para los que con ellos viven, son ciclos importantes los académicos, con junio y septiembre como períodos claves. Recientemente, la prolongación de los exámenes hasta julio, la plétora de actividades académicas veraniegas, las asignaturas cuatrimestrales y los exámenes de febrero, han diluido un poco el espectro que fue tradicional durante muchas décadas (no sé si siglos. En Salamanca, al menos, había otros acontecimientos importantes en torno a la Cuaresma y el entierro de la Sardina).

A veces no coinciden los ciclos, como sucede con los años naturales o administrativos y los cursos académicos. Los intentos de asimilarlos no han tenido éxito. Algunas festividades son hitos de eterno retorno (Navidad) o de

resurrección (Semana Santa). Otros, como antes lo era junio, son fechas de acumulación y ajuste en que se fija el progreso en una carrera.

Los ciclos lunares de veintiocho días (o noches) son y han sido importantes en otras culturas, de calendarios simultáneos a los solares. Para marinos y caravaneros fueron consulta obligada. También son los ciclos de la división de las células y de la menstruación. La menstruación es un reloj biológico particular de las mujeres, que divide su vida entre el período fértil, las épocas anteriores a la monarquía y las posteriores a la menopausia. Este período central, fértil, se alarga cada vez más. Ahora que el control de la reproducción ha aumentado la libertad de las mujeres sobre su propio cuerpo, la menopausia corre un alto riesgo de medicalizarse, de re-construirse socialmente como período de dependencia y enfermedad por efecto de la intervención sanitaria. Sin embargo, la mayoría de las mujeres con las que hablo llevan o han llevado muy bien su menopausia natural o quirúrgica. La han recibido sin problemas especiales, gozando la nueva dimensión a-temporal, y agradecidas a la desaparición del mensual tributo. Por eso sospecho que las imágenes tradicionales de la mujer menopáusica, sufriente y desquiciada, son más inventadas e ideológicas de lo que pudiera parecer, fruto de una mezcla de clientelismo y estereotipación poco consistente. Pero no será fácil investigarlo en serio: la enfermedad sigue siendo mucho mejor negocio que la salud y para eso hace falta que haya —o hagamos— enfermos.

1 de diciembre

El diario frente a la narrativa clásica. Los tiempos del narrador

En la narrativa clásica, los tiempos de la acción son tres: planteamiento, nudo y desenlace, en orden cronológico o lineal. Sin embargo, en la narrativa contemporánea es muy frecuente que este orden se altere, a veces con la ayuda de varias voces situadas en tiempos distintos, otras con el recurso a la evocación del protagonista-narrador. Javier Marías («Corazón tan blanco», «Mañana en la batalla piensa en mí» o «Todas las almas») es un buen ejemplo de esta tendencia a la deslinealidad.

En los textos científicos, e incluso en los ensayos, la ordenación cronológica se asocia con el orden causal, y tanto el razonamiento deductivo como el inductivo son, en cierto modo, series temporales en las que el observador da sentido de tiempo a lo observado pero no aparece en el campo de observación.

En los materiales obtenidos de diarios, el sentido del tiempo lo proporciona la mera sucesión de fechas; pero, a diferencia de la narrativa clásica, el diario no tiene estructura temporal, esto es, no hay argumento o acción desarrollada. Temporalmente, el diario es plano: una cadena eslabonada de presentes con ligeras concesiones al pretérito de cada día («hoy hice...», «hoy vi...»), aunque caben otros tiempos a través de la memoria de mayor distancia o las anticipaciones de futuro (deseos, expectativas, temores). También es posible, evidentemente, complejizar la trama temporal mediante la inserción en el diario de las actividades, recuerdos o expectativas de otros sujetos individuales o macrosujetos. No obstante todas estas posibilidades, los diarios tienden a ser planos temporalmente, y sólo si el autor vive sucesos con evidente comienzo y desenlace (como en el diario de Ana Frank, o el del naufrago de U.Eco), o tiene maestría suficiente para dar relieve de acontecimiento a asuntos nimios (como la magdalena de Proust), se evita la cadencia lenta, algo cansina, de la mera yuxtaposición. De ahí, y ése es en parte el interés metodológico del diario, que el narrador tienda a rehacerlo temporalmente cuando pasa de la fase de redacción para sí a la fase de redacción, o más aún de publicación, para otros. Como el observador no es visible, en los escritos científicos no es tan evidente la aspiración teleológica, de finalidad; y en la narrativa de acción se disimula precisamente aumentando su visibilidad. Pero en el diario, el artificio teleológico y la discrecionalidad de los cortes de series para mejor ajustarlas a la cadencia del relato, son difíciles de ocultar, y destacan mucho en el conjunto.

A diferencia de los diarios de encargo (los que se hacen, por ejemplo, para encuestas de actividades o presupuestos de tiempo, o los diarios asistidos de los grupos de control en las experimentaciones), los diarios personales son desiguales y discontinuos. Unos días se escri-

be y otros no. Hay apuntes de pocas líneas y otros de varias páginas. Salvo que al autor le preocupe especialmente algún tema y escriba el diario para dejar constancia de las variaciones que le afectan, (en cuyo caso la teleología esta implícita desde el comienzo), en el diario se recogen temas muy diversos, sin solución de continuidad. Muchos de los diarios publicados son ediciones póstumas, lo que justifica ante los lectores la falta de mayor acabamiento, esto es, de mayor precisión en la trama de tiempo interna.

2 de diciembre

Espontaneidad y retórica en el relato del diario

Cuando el diario se convierte en un ejercicio habitual, el narrador no sólo narra selectivamente, sino que vive anticipadamente el efecto de su futura narración. O lo que es lo mismo, de su futuro olvido o privilegio de lo sucedido.

A pesar del deseo de «vivir con espontaneidad», sin ser «testigo de sí mismo», el hábito de la crónica añade nuevos controles a la ya abundante auto-reflexión. No son desestimables sus implicaciones metodológicas, que comparte con cualquier otro tipo de investigación basado en la observación directa o la entrevista. Si para uno mismo, en actividades sin especial relieve, y pudiendo elegir lo que se cuenta y lo que no, es ya tan clara la afectación o subida de la guardia, y tan difíciles de recoger las secuencias y matices; ¿Qué no sucederá con los diarios de encargo o las entrevistas, bajo la presión del cuestionario, el entrevistador o las cámaras?. Si así afecta a las actividades en que nada se juega ni se arriesga (salvo, quizá, el innato deseo de agradar y seducir, de «quedar bien» ante sí mismo y los otros); ¿de qué modo se configurará la verdad y la imagen cuando entran en juego grandes intereses o verdaderos conflictos? Si las dificultades de recuerdo, expresión y matiz son palpables para quien se gana la vida comunicando ideas a través de la enseñanza y la escritura: ¿Qué no será para quienes apenas tienen costumbre de escribir o de hablar sobre temas alejados de su experiencia cotidiana?

3 de diciembre

El seguimiento del tiempo en el lenguaje oral y escrito

Cuando el ritmo de seguimiento del tiempo es muy rápido, y las unidades temporales muy cortas, no hay tiempo para la escritura. No se puede correr para alcanzar un autobús y escribirlo al mismo tiempo. Así que es muy probable (también es posible en los ciclos largos, pero no tan frecuente) que se recurra a sistemas de conservación de memoria más rápidos que la escritura. Sobre todo, a la conservación oral, con ayuda de la grabadora: bien simultánea o inmediata al acontecimiento, bien más distanciadamente, cuando llega un momento de calma y se aplica a ese ejercicio.

La utilización de varios medios de expresión, oral y escrita, para la redacción de memorias, introduce peculiares problemas de síntesis entre ambos lenguajes. En el lenguaje escrito es relativamente fácil; corresponde a la tradición culta y objetivada que el narrador desaparezca y ordene su experiencia en secuencias de claro desarrollo, porque ha tenido el tiempo y el hábito de verse desde fuera. Sin embargo, en el lenguaje oral son más comunes tanto la presencialidad como el uso de la primera persona: son dos interpretaciones, dos formas diferentes de relatar los acontecimientos que afectan al modo de vivirlos. Al momento de integrarlo en un lenguaje común, tensionan y se transforman. En la experiencia del tiempo relatada en estilo oral, suele usarse el lenguaje coloquial y la matización a través del gesto, las inflexiones y los recursos de la voz. En el tránsito al estilo escrito se produce una pérdida de precisión considerable, una reinterpretación que afecta al sentido de lo dicho.

4 de diciembre

Proyecto y compromiso

La escala de tiempo y los proyectos de las ciudades son distintos de los individuales. Hay pocos proyectos personales a muy largo plazo, y la mayoría son a corto. ¿Cuán corto? ¿Años, meses, días? La literatura sobre el tiempo y sobre los plazos, desde múltiples aspectos, es

ingente: de inversión, de amortización, de obsolescencia, de contabilidad, etc. También son importantes en el derecho administrativo, y en la gestión urbana; ahí intervienen los plazos de programación, los de ejecución, los calendarios electorales, la duración de los mandatos, etc. Siempre me han parecido sutiles las diferencias entre propiedad y posesión, y las similitudes entre las concesiones de plazas de aparcamientos en suelo público (con plazo de noventa años u otra cifra igualmente lejana) y la expiración de los plazos en los tratados internacionales, como el que motiva el actual regreso de Hong Kong a China.

Los proyectos tienen, inevitablemente, un elemento de compromiso: compromiso consigo mismo, con los objetivos o con las otras partes implicadas. Ni las personas ni las ciudades -y ahora, postmodernos, mucho menos-, suelen asumir compromisos indefinidos. El proceso rápido de secularización en España nos ha llevado en el lapso de treinta años no sólo a borrar o debilitar considerablemente el punto de referencia temporal futuro (la vida eterna, la resurrección, etc.), sino a que también en el más inmediato y prosaico mundo de las relaciones sociales se hayan acortado considerablemente los plazos de referencia para proyectos y compromisos. En una generación, hemos pasado del matrimonio o el sacerdocio para toda la vida a la generalizada aceptación social, aunque no se manifieste expresamente, de la cláusula de rescisión de compromiso. Y esta pérdida de perdurabilidad afecta a todas las relaciones y todas las instituciones, porque forma parte de la lógica contractual y de intercambio.

Si las relaciones individuales, personales, son cada vez más libres y por tanto más sujetas a interrupción: ¿Quién asumirá la relación con quienes no tienen nada que dar? ¿Los parientes más débiles? ¿Algún colectivo especialmente entrenado para la entrega indefinida de su tiempo? ¿O se trasladarán estas relaciones a las instituciones políticas y a los servicios sociales?

Lo que Hillary Rose llama «La caridad obligatoria de unos pocos» es en gran parte una forma de contrato social a-temporal, desprovisto de cláusula de rescisión, que obliga a algunos indefinidamente mientras no atañe a la mayoría. Sería un buen tema de estudio: la socialización diferencial para el tiempo, el

proyecto y el compromiso. El género, la nacionalidad y la clase pueden dar juego como variables independientes.

10 de diciembre

Sobre colas, esperas y otros indicios del valor del tiempo

Ayer fui al mercado de mi barrio. Hay un puesto de fruta y verdura muy barato, que siempre tiene cola. En el supermercado apenas hablan entre sí las personas que esperan en la fila de caja, pero en el mercado se forma una conversación continua, casi una tertulia, entre el frutero, su ayudante y los clientes. Allí, los compradores se llaman todavía parroquianos. Frecuentan el puesto, a última hora de la tarde, madres de familia numerosa, pensionistas y jubilados, algunos inmigrantes que valoran sus precios reducidos. Además del ahorro, el puesto me permite un trabajo de campo que de otro modo no haría. ¿Dónde, si no, puedo coincidir y escuchar argumentos como los que allí escucho?

Ayer la cola resultó más larga de lo habitual, y yo tenía prisa. Varias veces tuve la tentación de irme, viendo otros puestos algo más elegantes que estaban vacíos. Pero resistí. Resistí, creo, para poder cronometrar y contarlo. Sin la anticipación del diario y de la audiencia me hubiera ido, y no sé si esto le quita representatividad o hace menos verdadero lo que hice y cuento. Al final llegó mi turno, cuando ya estaban cerrando y limpiaban a chorro los pasillos. Compré cuatro kilos: uno de uvas, uno de mandarinas, uno de chirimoyas y uno de puerros. Había estado en la cola, de pie, una hora de reloj bien medida; la compra me costó (guardé el recibo) trescientas setenta y cinco pesetas. En otro sitio, la calidad habría sido mejor y el precio el doble. Ése fue -la diferencia entre las dos sumas- el valor económico de mi tiempo, o el de los que compartieron conmigo la espera.

Si en lugar de comprar verduras hubiese ido a elegir el voto entre distintos partidos, no me preocuparía el estatuto sociológico de mi elección. Tampoco tendría miedo a la opinión de otros sobre si es, o no, actividad digna de relato. ¿Pero es esto justo, o conveniente?

Si no nos paramos a ver, a medir, a analizar, a cambiar, la vida modesta y cotidiana: ¿Para

quién trabajamos? ¿A quién beneficia nuestro pensamiento?

No quiero dejar de acordarme que, según las encuestas CIRES'91 y 96 sobre el uso del tiempo, que coinciden mucho con las del CSIC 90 y 95, dos tercios de las horas de trabajo de los españoles son casi invisibles, porque se producen al margen del mercado de trabajo.

De entre esos miles de horas perdidas, con esta crónica he rescatado, al menos, la memoria de una.

12 y 13 de diciembre

Ensayo general: Veinticuatro horas en la vida del narrador

Despertar

Como en las competiciones deportivas, hoy viviré todo el día pendiente del reloj, cronometrando el tiempo. Mañana es el seminario e intento llevar fresca la experiencia.

Me han iniciado al tiempo consciente los artilugios mecánicos y las necesidades fisiológicas. Al zumbido del despertador (programación anticipada del fin del sueño) se unen las noticias de la radio, que resume la actualidad del día. Juntos encienden mi sentido de actividad, de urgencia.

Si hay un espacio euclidiano, infinito, también habrá un tiempo. Pero igual que el espacio geométrico se condensa en algunos puntos claves (el cuerpo, los cuerpos, la ciudad), también el tiempo se hace otro al convertirse en tiempo propio, vivido.

El tiempo geológico

Es invierno y amanece tarde. Todavía es de noche cuando salgo de casa camino del trabajo. Sube neblina de las vaguadas, acentuando los desniveles geológicos. La neblina lenta, perezosa, remite a un tiempo anterior al de los hombres, hecho a escala de la tierra, Gea. Pero también entre los planetas hay jóvenes y viejos, y generaciones. Gea es joven por comparación con Helio, el sol, su padre. En «Las confesiones de un biólogo», Rostand hablaba muy bien del fin del tiempo, de la muerte térmica de los planetas. Para cuando

esa soledad llegue, ya no quedará nada de nosotros.

Letargo vegetal

Las plantas están, la mayoría, secas y grisáceas, hibernadas para la estación fría. Los letargos del tiempo vegetal son intermedios entre el ser y el no ser. Entre los nuestros rara vez se dan, y lo más próximo es el estado de coma, anticipo de la muerte. Las plantas, tan próximas, tan visibles y tan quietas, son el mejor espejo de la diferencia en los ciclos del tiempo. Pero hay entre ellas tan rico despliegue de calendarios biológicos, tanta variedad, que inquieta.

Los humanos queremos también acceder a la posibilidad de la hibernación, del letargo. Ya lo están intentando, desde hace años, los científicos y los fakires. Parece condición imprescindible para el avance de la medicina (la criopreservación, los depósitos congelados) y para los viajes galácticos. Plantea muchos problemas éticos y políticos, de representación y de identidad: pero llegará, estoy segura. Yo ya no lo veré, pero mis nietos o bisnietos sí. Incluso tal vez mis hijos, si los gobiernos apoyan los programas de investigación y no les salen demasiados fundamentalistas oponiéndose.

La creación continua

Las ciudades son procesos continuos, que no se detienen. Madrid emerge enfrente, coronando el paisaje de laderas. Como lugar habitado, se impone sobre las formas construídas por el tiempo mineral y geológico, por la solidificación de la piedra y el arrastre del agua. Hoy no, pero otros días, cuando llego por la carretera del oeste, paso por una placita minúscula, hecha de un solar vaciado, cerca del Rastro. Ha quedado al aire una pared medianera y para dignificar el muro han pintado unos versos, creo que de Mesonero Romanos, que aluden al origen de la ciudad:

«Sobre agua fui edificada,
mis muros de fuego son».

No sé cuánta gente repara en el mural y en el verso; y menos aún, cuántos lectores serían

capaces de reconocer en el Madrid de hoy la huella de su origen acuático (las riberas y afluentes del Manzanares todavía mantienen memoria en algunas calles, como Ribera de Curtidores, o Miralrío) y sus cimientos de pedernal, chispa de lumbre, y granito.

Las 8.45 horas

Tras el Puente de los Franceses, el campo se convierte en parque. En el borde de la ciudad, encuentro el primer reloj-termómetro. O tal vez sea al revés: el primer reloj-termómetro marca el comienzo de la ciudad. El afán de medición y las escalas. La homogeneización de la mecánica, la precisión de los cronómetros y la universalización de la hora. Hay mucha literatura, incluso sociológica, sobre los relojes, y muy sugestiva. ¿Cuál será el límite de la homogeneización del tiempo, de los calendarios? Cuando viajé a Extremadura noto la media hora de diferencia, que se gana en luz solar. ¿Llegará el día en que digamos «las doce» y esté amaneciendo? Por ahora mantenemos calendarios y horarios diferentes, no sólo por países sino por franjas o husos dentro de los países grandes. Una hora menos en Canarias. En Tokio, en este momento, deben estar cenando.

El acceso a la ciudad

Ya he accedido a la ciudad, llevo dos minutos dentro del perímetro de las tarifas normales. ¿Seré más urbana ahora? En el siglo XIII se decía que «el aire de la ciudad hace libre», porque los burgos concedían derechos de asilo y cartas protectoras, de ciudadanía, a los que llevaban cierto tiempo viviendo entre sus puertas. Los empadronamientos, las residencias, los permisos, siempre han tenido que ver con el tiempo.

Las nueve

Tiempo inquieto en la espera del autobús número dieciséis. Hago recuento de los minutos invertidos hoy y otros días en llegar hasta Moncloa (más de media, menos de una hora). El hinterland residencial de la ciudad es una función del tiempo de acceso; de ahí que se combinen en la fórmula de residenciabilidad

los sumandos de tiempo, espacio, velocidad, tecnología y dinero.

Las palabras transporte y circulación son dignas de un repaso: «Transporte»: más allá de la puerta. «Circulación»: círculo. Si hay un círculo, habrá un centro, un retorno. ¿Qué circula, y alrededor de qué? Es difícil determinar ese punto central o punto cero, y la confusión entre origen y destino se hace evidente en la estación transbordadora de autobuses donde llegan, a riadas, cientos de personas apresuradas que van y vienen. «Transbordar»: como si los autobuses o el metro fuesen naves del Mare Nostrum. Los vehículos cambian más aprisa que el lenguaje. Aunque sea más pendular que circular, la metáfora, no obstante, sigue aplicándose al tráfico.

Nueve y cuarto

Contracorriente. Es hora punta en los accesos a la ciudad, pero dentro, el viario se desparra y da cabida. Los atascos son excesos de coincidencia en el tiempo, sobre el mismo espacio. Por eso crece la nueva virtud de los horarios flexibles y las promesas cantarinas del tele-trabajo.

Los semáforos organizan el flujo de vehículos y personas, en la mejor expresión del tiempo regulado; rojo, verde, intermitente, ámbar. A veces, reducido a su expresión más esquemática; verde, rojo. Una amiga me contó hace tiempo que tenía un sobrino muy desordenado, que gustaba de recoger cosas viejas; encontró en la calle un semáforo, y lo había instalado en su propio dormitorio.

Es difícil hallar una imagen más surrealista del desorden/ordenado; en medio de la previsible mezcla de sábanas revueltas, libros por el suelo, ropa manchada de deporte, y restos de pan o cocacolas, me imagino el semáforo apagado, presidiendo el lugar. Es una imagen aún mejor y mucho más alegre que aquél fotograma célebre de Bergman, de un reloj sin manecillas ni horas.

Las diez. El capital de tiempo

Gershuny condensó en estas palabras la idea del tiempo como recurso escaso. Cada sujeto, cada colectivo, dispone de un capital limitado cuyo empleo ha de decidir —en la medida que le

dejan— entre destinos alternativos. A estas horas, es muy visible la condición atareada y diligente de la ciudad. ¿En qué emplean su tiempo las ciudades? ¿O sólo emplean su tiempo los ciudadanos, los usuarios urbanos, como yo?

Hoy se me dio regular la venida, y llego tarde. ¿Cojo un taxi? Lo haría si no fuese que tengo bonobús y el taxi cuesta mil pesetas. Pero el autobús tarda. Sólo faltan diecinueve minutos para que retiren la hoja de firma de la entrada, y mis mil pesetas valen cada vez menos, o el tiempo más. Resisto. Por fin, el autobús llega y subo. La manecilla del reloj va avanzando; menos diez, menos cinco, menos uno. Y tres, y cinco. Al momento de bajar, y doce. Apresuro el paso todo lo que puedo: por quinientas pesetas el trayecto, sí habría cogido el taxi, pero mi tiempo y mi riesgo (hoy al menos) no valen lo que cuesta. Los nervios y el stress, ese calor en el estómago y esa sequedad en la boca, sólo han aflorado entre las diez menos cuarto y las diez y cuarto. Antes, todavía había esperanza de que el tiempo alcanzase; después, ya no había remedio. Tras el umbral simbólico de la retirada de la ficha, la falta homogeneiza el tiempo y deja paso, de nuevo, a un ritmo lento.

El tiempo vendido

El trabajo asalariado es tiempo vendido. Por eso importan tanto las cláusulas temporales; de duración (fijos, indefinidos, temporales, a término, por horas,...), de ritmo, de horario, de etapas y plazos en cada función o categorías, de control de presencia, de reconocimiento como tiempo ordinario o extraordinario. El tiempo tasado, objeto de la relación contractual, se cambia por contrapartidas explícitas de dinero u otros recursos. Hasta el café y el lavado consumen tiempo y están reglamentados.

Algunos oficios o posiciones se gravan con cláusulas explícitas o implícitas de disponibilidad casi permanente. Los que no eran, además, bien pagados, han desaparecido: por ejemplo, los porteros urbanos y los pastores. En estas condiciones sólo quedan, porque es por cuenta propia y son mujeres, las amas de casa.

La disponibilidad es un requisito de altos cargos o ejecutivos que afecta bastante a las carreras profesionales; los que no quieren o no pueden tienen menos posibilidades de ascenso.

Soledad Murillo presentó una ponencia, en el Congreso de la FES de Granada, sobre esto.

Otra forma de disponibilidad de las máquinas o de las instituciones son las cadenas de trabajo continuas, en tres turnos. También existen las guardias e imaginarias, y los pluses de exclusividad (el monopolio en la compra del tiempo). Límites en el tiempo diario o semanal exigible, y pautas en las interrupciones o descansos. Prolongaciones de jornada. Vacaciones; festivos, puentes, moscosos. Excedencias y permisos.

Todo el lenguaje laboral está impregnado del deseo de acotar y medir el tiempo cedido. ¡Qué distinta actitud hacia el tiempo, la de quien se ocupa en lo que quiere y porque disfruta en ello!

La jornada de cuarenta horas tiende a reducirse, pero los períodos de formación se alargan y la edad de acceso al empleo se retrasa. La jubilación, probablemente, también. Ahora es compulsiva, pero hay movimientos organizados que piden dejarla libre.

Me doy cuenta de que he conocido ya, he pasado por ellos, muchos horarios y tipos distintos de relación entre mi tiempo, mi trabajo y mi vida.

Mediodía

Mediodía es una de las palabras más bonitas que conozco. Suena a mucha luz, a descanso y buena compañía. Durante muchos años, también convocó sonidos reales: la música de campanas de la iglesia, por el ángelus, y los doce sonos solemnes y retumbadores de los relojes de torre, de pared o caja. Ahora los mediodías son silenciosos, digitales y descolocados respecto al horario solar. Mediodía, según las instituciones, sucede a una hora u otra. En las guarderías hacen pausa a las doce. En los hospitales, a las doce y media. Los albañiles y los colegios a la una. Los comerciantes y muchas familias, a las dos y media. Los de jornada continua y los que entran tarde por las mañanas, a las tres. Los correturnos y los que están de guardia, cuando pueden.

El horario español sorprende a muchos extranjeros por lo tardío. En parte se debe al calor del verano y a la conveniencia de evitar las salidas en horas centrales. En el pueblo de mi padre, las mejores tertulias se hacían (y aún

se hacen) a las puertas de las casas, en verano, cuando se enfriaban las piedras y el aire quieto se alzaba en brisa. Se llaman seranos, y agrupan públicos de todas las edades, desde chiquillos a abuelos.

La aplicación de la tecnología del frío a edificios y vehículos, junto con otros cambios tecnológicos (rapidez del transporte) y organizativos, está alterando los horarios tradicionales. En verano se ha impuesto, salvo en el comercio, la jornada continua. Y los gobernantes han conseguido cambiar los horarios reales de los españoles por el sencillo procedimiento de cambiar sus instrumentos de medida, atrasando o adelantando la hora de los relojes.

La tarde: de 4 a 6.30 horas

La tarde es un tiempo de trabajo distinto de la mañana. En los centros de servicios no hay tantas gestiones, y parte de los empleados no vuelven después de comer. Es un tiempo corto, pero —al menos en algunos casos— muy productivo.

A la salida, se me plantea casi siempre la misma disyuntiva: o correr para llegar al próximo bus de vuelta, o quedarme en Madrid a cualquiera de las múltiples gestiones pendientes (recoger objetos reparados, ir de compras, visitar a alguien) o a disfrutar, aunque sea brevemente, de las ofertas de todo tipo que la ciudad brinda.

La Sagrada Cena

Las horas del final de la tarde son tiempos familiares. Tiempo para hablar, para contribuir al rito colectivo del consumo y para recibir conjuntamente el poderoso mensaje de los medios. La cena, que durante siglos fue un momento culminante en la estructuración de la vida familiar y colectiva, se diluye. Cede paso al avance de la bandeja individual y el microondas. El frigorífico se ofrece sin resistencia, sin llave ni faltriquera, para paliar la fragmentación de los horarios y las dietas.

Llega tarde la noche

La noche no empieza hasta muy tarde. Las jornadas de dentro y fuera se suman, se superponen. Es a las once o a las doce, a veces después, cuando termina el tiempo pautado de las obligaciones. Sólo entonces, en conflicto con las demandas del sueño, comienza el tiempo para sí, el tiempo realmente libre y propio.

En realidad, el día tiene muy pocas horas disponibles: y éstas transcurren casi siempre en esa franja indecisa del tiempo que llamamos madrugada.

* * * * *

Postscriptum

22 de mayo 1997

Llevo dos meses tratando de recomponer las notas del seminario del Instituto de Filosofía del CSIC. En la última semana le he dedicado muchas horas, y tengo ya que entregarlo. En esta etapa se han hecho patentes, de nuevo, las posibilidades y problemas de que hablaba en noviembre, especialmente la condición fronteriza del relato sociológico con la literatura. Como resultado del debate que siguió a la conferencia, a eso se ha añadido un tema nuevo: el del tipo de verdad a que aspiran los sociólogos. Verdad que es distinta de la que preocupa a los moralistas y filósofos, y que más que con la intención dolosa tiene que ver con la representatividad de las muestras y la correcta interpretación de los silencios y las actitudes.

Un diario, una entrevista, tienen siempre algo de verdad y de mentira, aunque sean exactos. Son muchos los planos del suceder, y los posibles acotamientos de las fracciones de tiempo; por eso es tan fácil quitar y poner máscaras, ver y no ver, aún sin tocar las cifras y los datos.

Si faltasen días para la entrega, seguiría tratando de entender el tipo de verdad que desprenden los sociólogos, las ciudades, los diarios y las encuestas. Pero no hay. Tal vez, además, no me bastasen unos días, ni unos años.

Los papeles se quedan tal como están. Seguiré en otra ocasión, si el tiempo alcanza.

CIS

Centro de Investigaciones Sociológicas

Reis

**Revista Española
de Investigaciones
Sociológicas**

79

Julio-Septiembre 1997

Directora

Pilar del Castillo

Secretaria

Mercedes Contreras Porta

Consejo Editorial

Francisco Alvira, Joan Botella,
Julio Carabaña, Ismael Crespo,
M.ª Angeles Durán, Julio Iglesias de Usset,
Alicia E. Kaufmann, Francisco Llera,
M.ª Luz Morán, Ramón Ramos,
José E. Rodríguez Ibáñez, José Juan Toharia

Redacción y suscripciones

Centro de Investigaciones Sociológicas
Montalbán, 8. 28014 Madrid (España)
Tels. 580 76 07 / 580 76 14
Fax: 580 76 19

Distribución

Siglo XXI de España Editores, S. A.
Plaza, 5. 28043 Madrid
Apdo. Postal 48023
Tel. 759 48 09. Fax 759 45 57

Precios de suscripción

Anual (4 números): 4.500 ptas. (50 \$ USA)
Número suelto: 1.300 ptas. (13 \$ USA)

**Ricardo Montoro
Romero**

La reforma del Estado
de Bienestar:
Derechos, deberes e
igualdad de
oportunidades

Miguel Requena

Sobre el calendario
reproductivo de las
mujeres españolas

**Enrique Martín
Criado**

El grupo de discusión
como situación social

Pierpaolo Donati

El desarrollo de las
Organizaciones del
Tercer Sector en el
proceso de
modernización y más
allá

**Víctor Sampedro
Blanco**

Leyes, políticas y
números de la
objección. Una
explicación de la
incidencia social de los
objetores e insumisos

**Irene Martínez
Sahuquillo**

Los dos conceptos de
cultura: Entre la
oposición y la
confusión

**Antonio Ariño
Villarroya**

Ideologías, discursos y
dominación

**Celia Valiente
Fernández**

¿Algo más que
«ganadores del pan»?:
El papel de los
hombres en el ámbito
familiar en España
(1975-1996)

**M.ª Luisa Ramos
Rollón**

La dimensión política
de los movimientos
sociales:
Algunos problemas
conceptuales

**Francisco Javier
Noya Miranda**

Presentación.
Ciudadanía y capital
social. Estudio
preliminar en torno a
*Ciudadanía y clase
social*, de T. H.
Marshall

**Thomas Humphrey
Marshall**

Ciudadanía y clase
social

Crítica de Libros